

ALGUNAS IMÁGENES DE LO CRETENSE EN KAZANTZAKIS

Roberto Quiroz Pizarro
Universidad de Chile

Resumen: Para la conciencia histórica de los pueblos del mundo europeo, el hecho de sentirse parte de la tierra donde se ha nacido y parte del paisaje humano, es un asunto antropológico muy importante, un suceso que deja grandes huellas en el imaginario de sus habitantes. Kazantzakis es un griego que guarda un afectivo patrimonio personal muy vivo con su isla madre, Creta, a tal punto que muchas veces esa tierra del Egeo ocupa el lugar de toda una patria espiritual en el autor cretense. En los textos de Kazantzakis Creta posee una fuerza suficiente como para convertirse en un importante punto de apoyo para sus visiones y reflexiones. Tales aspectos se comentan aquí.

Palabras claves: Kazantzakis, Creta, El Greco, mirada cretense

SOME IMAGES OF THE CRETAN IN KAZANTZAKIS

Abstract: To the historical conscience of the peoples of the European world, the fact of feeling oneself to be part of the land where one has been born, a landscape of which one is a part, is a very important anthropological issue, an event which leaves big tracks in the imaginary of its inhabitants. Kazantzakis is a Greek who keeps a personal and very vivid affective patrimonium with his mother island, Crete, to the point that many times that land of the Aegean occupies the place of a whole spiritual fatherland in the Cretan author. In Kazantzakis' texts, Crete has enough force to become an important point of support for his visions and reflections. These aspects are commented here.

Key words: Kazantzakis, Cretan, The Greco, cretan regard

Recibido: 3-04-07 - **Aceptado:** 26-04-07

Correspondencia: Roberto Quiroz Pizarro (alfanamaste@hotmail.com) Licenciado y Magister en Filosofía Universidad de Chile, Doctorarado© Universitat Jaume I, Profesor. Centro de Estudios Griegos, Universidad. de Chile. Dirección postal: Casilla 435-3, (56-2) 2392292. San Joaquín. Santiago de Chile.

Es natural del ser humano el buscarse a sí mismo, el plasmar imágenes, ideas, pensamientos que lo estimulen a conocerse y a tomar conciencia de la vida. De esta manera el hombre cumple con el mandato délfico más originario de todos los tiempos, buscar y buscarse, mirar y mirarse para recorrer los escenarios vitales con la sagrada misión de quizá encontrarse a sí mismo en algún perdido laberinto del mundo. Más aún es característico del creador, del poeta, del pensador el desarrollar búsquedas e identificarse con imágenes antropológicas de sí mismo y de su relación con el universo. Para esto tenemos una manera propiamente humana de iniciar esa marcha que nos acerca al misterio de quienes somos, y de tal aventura forman parte también otros hombres, otras génesis culturales, la herencia y los héroes del pasado, los antepasados, la historia, los cuerpos doctrinales, los mitos, la gran memoria de la humanidad que se encuentra a disposición del pensamiento, pero también participa de esta marcha lo que son las propias experiencias de quien quiere conocerse. En tal sentido, nadie mejor que Kazantzakis para representar a uno de estos hombres en intensa peregrinación de sí mismo, un hombre que entre sus altos mandamientos tuvo el coraje existencial de seguir en todo lo que hacía el riesgoso camino de no perderse de sí mismo y de buscar algo más de luz a fin de mantenerse vivo.

En las siguientes líneas quisiéramos acompañar a Kazantzakis a través de ese parentesco vital entre el hombre y la tierra cretense, tierra que lo vio nacer. Constatar algunas de las experiencias que para bien o para mal, lo marcaron. Conocer algunas evocaciones a sus raíces que más tarde tomarán una fuerza de mandamientos y de valores intransables en Kazantzakis. Toda esta “manera humana” de “situarnos en el mundo” bajo una identidad imaginaria, cultural y literaria en el caso de Kazantzakis, es lo que nos guiará en estas palabras para acercarnos al *horizonte cretense* de un escritor.

Creta

No hay mejor preludeo vitalista e ideológico que señalar que *Nikos Kazantzakis* fue un hombre aventurero del espíritu y un creador en búsqueda consciente de sí mismo, un hombre enterado a fondo de su condición existencial e histórica. Su *condición humana* no fue otra que la de nacer en los cielos mediterráneos de una isla griega llamada Creta. Entonces, “cretense” por

naturaleza, por circunstancias históricas; cretense por tanto, para lo que fue su vida de individuo pero también para lo que nos quiso expresar en la textura vital de su obra literaria de toda una vida. Su dilatada obra contiene variadas alusiones de esa incuestionable raíz comunitaria de un pueblo, y al tomar alguno de sus libros uno reconoce de manera a veces dramática que hay más que literatura en ellos: se reconoce que es propiamente un habitante del lugar quien relata y retrata esos graves episodios de una isla que tuvo el singular estigma histórico de ser varias veces martirizada por los invasores. Nikos Kazantzakis porta esa sangre y será consciente de que existe como un hombre de esa tierra. Ser cretense por tanto, dotará de significado a su propia vida, y en él habrá orgullo, satisfacción, gran amor de hijo ante la isla mártir que lo dio lengua y cultura.

El mundo cretense, el terruño de los primeros años, el latido de la propia isla con sus tiempos de paz y de oscuridad, van a generar en el imaginario de Kazantzakis una fisonomía ideal del espíritu, una medida de lo que quisiera enseñar a otros hombres. Se ha dicho que las obras de Kazantzakis proclaman el abandono de la vida fácil, de las pequeñas alegrías, de las cosas insignificantes que asfixian el alma. Creta despertó y traspasó en él esa hambre voraz por la emancipación, y esa mezcla de mundos en su juventud, la del mundo cretense y la de la turcocracia, los que van a actuar como una constante llamada a “satisfacer la necesidad primaria de una vida libre”.¹

En Creta halla clara expresión lo que fue siempre su dignidad y autoafirmación como hombre.

*“Aprieto con calma, con compasión, un terrón de tierra cretense en mi mano. Siempre la tuve conmigo a lo largo de todos mis caminos errantes, y en las grandes angustias la apreté en mi mano y mi mano adquiriría fuerza, gran fuerza, como si estrechara la mano de un amigo querido”.*²

Con estas palabras reconoce en Creta una fuerza superior que no le pertenece, una fuerza más fuerte que él mismo. Bidal Baudier valora este aspecto de lo cretense en Kazantzakis:

“En los momentos decisivos de su existencia esta fuerza palpita en él, le obliga a tomar partido por los que tienen”.

¹ E. Ikonomidou-Krstitich, “I filosofía epidrasis stin pneumatiki peripecia tu Niku Kazantzaki”, Diavazo, Atenas, 1988, nº 190.

² Kazantzakis, N, *Carta al Greco*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, p.22.

hambre, por los oprimidos, por los rebeldes. En la ascensión que ha emprendido, bordeando sin cesar el abismo, la pequeña isla de su tierra paterna sigue siendo del algún modo el último vínculo, que le otorga su confianza, que legitima su busca orgullosa. Un cretense tiene el deber de desafiar a la muerte, de combatir con Dios: sus antepasados habrán de palpar de orgullo en sus tumbas.

Justificación, aprobación, exaltación: esto es lo que siente Kazantzakis por ser cretense, por ese “don de Dios”³.

Creta, una isla de heroísmos y envuelta en una brisa indómita; una tierra bañada de insumisión, de luchas; una patria que enseña lo que es el espíritu de rebeldía; un grupo de aldeanos, soldados, hombres soñadores que en el pasado sintieron comunitariamente el deber de defender a Creta porque la libertad es inarrebatable, inviolable. Creta tierra ancestral, patria espiritual y patria poética de Kazantzakis.

Todo este dorado trigal de vida sin ataduras es lo que para Kazantzakis significa su tierra a la hora de su nacimiento: libertad, fidelidad a la tierra propia.

De las muchas escenificaciones históricas o mitológicas que transitan desde el mundo cretense hacia la mano escritora de Kazantzakis, existe una novela que recoge testimonios de un tiempo vivido y sufrido en carne propia por el autor a temprana edad. Son los episodios que han quedado pintados con escenas dantescas en la memoria infantil, y parte de esos recuerdos se mencionan en algunos pasajes de *Carta al Greco*. Pero es en la novela *El Capitán Miguel*, cuyo subtítulo es *Libertad o Muerte*, en donde se ha puesto la ficción literaria a un mismo nivel que el de la historia misma de Creta. La consigna “Libertad o Muerte” Elefthería i thánatos, según la tradición, la lanzó el obispo de Palia Patras Guermanós (Paleón Patrón Guermanós), al levantar la bandera de la Revolución de la Independencia (Epanástasis), el 25 de marzo de 1821.

Capitan Miguel relata las encrucijadas y asaltos por salvar un poblado, por salvar toda la vida cretense de la isla; es la rebelión de los cretenses oprimidos por los dominadores turcos. Se recuerdan diferentes episodios que dan cuenta aproximadamente de lo que pudo ser la historicidad real de hombres enfrentados a la guerra y Kazantzakis no quiere que tales penurias de Creta sean silenciadas por el tiempo. “Fue en Creta donde 200 rebeldes

³ Bidal Baudier, M. L., *Cómo el hombre se hace inmortal*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1987, p. 50.

y 65 monjes defendieron el monasterio de Arcadi durante dos días y sus noches contra 15:000 turcos. Cuando por fin el enemigo logró desbordar las defensas del monasterio, un joven combatiente descargó sus pistolas contra los barriles llenos de pólvora, que estaban abiertos y se hallaban en un polvorín subterráneo donde se habían refugiado 600 mujeres y niños. Todos perecieron, claro, juntamente con centenares de defensores y asaltantes sorprendidos por la tremenda explosión”⁴.

En *Carta al Greco* hay una elocuente proclama de la llama que arde en Creta:

*“Amor a la libertad, no aceptar la sujeción del alma, ni siquiera para ganar el Paraíso; juego de bravura, estar por encima del amor y del sufrimiento, por encima de la muerte; romper los antiguos moldes, incluso los más sagrados, cuando ya os resultan demasiado estrechos, son los tres grandes mandamientos de Creta”*⁵.

Otro matiz de los muchos que representa Creta es la convergencia, la alquimia cultural, la amalgama de mundos, la síntesis de cosmovisiones que tienen cabida en ella. Es un pensamiento que viene del año 1943, que anticipa lo que también se encuentra más tarde en la *Carta al Greco*.

*“Nací en Creta, en la isla en que se realizó una síntesis de Grecia y Asia. Mi Odiseo no es ni heleno ni bárbaro, sino ambas cosas a la vez: ¡es cretense!”*⁶.

A veces Kazantzakis recurre a un proceso de ficcionalización de acontecimientos, de la historia, a fin posiblemente de que sus ideas contengan un sustrato realista, un contacto con los hechos que a veces no puede comprobarse. Un ejemplo de ello se relaciona con el sentido más que literario sino simbólico que adquiere Creta en estas líneas:

“A veces, forzando la memoria atávica que se halla en mí para que con el recuerdo ilumine mi existencia presente, creo adivinar. Todos mis antepasados nacieron en un pueblo de Creta: “Los bárbaros”. Cuando Nicéforo Phocas se adueñó de

⁴ Kazantzakis, N., *Libertad o muerte*, Prólogo de A. den Doolaard, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1957, p. 8.

⁵ Kazantzakis, N., *Carta al Greco*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, p. 539.

⁶ Nea Hestía, nº 389, 1943, pp. 1028-1034.

la isla ocupada por los árabes, confinó a los infieles sarracenos en ciertos pueblos que se llamaron “Los bárbaros”.

Me complazco en pensar que mi sangre no es enteramente griega y que desciendo un poco de los beduinos. Probablemente, algún viejo antepasado, siguiendo a la media luna y a la bandera verde del Profeta se embarcó en una de las galeras árabes que partieron de España a la conquista de la isla donde manan la miel y la leche: Creta. Al poner pie en tierra firme, arrastró su barco hasta encima de la arena y lo quemó para suprimir toda esperanza de retirada. De esta suerte, luchando bajo la augusta protección de la Desesperación, obligó a que las fuerzas de la desesperación vencieran”⁷.

El poblado cretense al que Kazantzakis alude como fuente de sus antepasados se conoce con el nombre de Barbári, un lugar el ubicado hacia el interior de la isla, y por lo mismo, sería un buen sitio para que los supuestos prisioneros africanos no pudieran encontrar una fácil salida al mar. Hay que tener especialmente en cuenta que este “barbári” —el poblado— pertenece a otra raíz etimológica de la palabra que en occidente se traduce como los “bárbaros”. Se trata de dos raíces diferentes, y Kazantzakis juega un poco con la semejanza de las palabras. Lamentablemente no tenemos el texto originario en francés, pues quizá se trataría de un problema de traducción que hizo equivaler ambas palabras, “barbári” y “bárbaros”.

Más allá de la exactitud histórica propiamente tal, Kazantzakis retoma esa idea o motivo de que en Creta confluyen otros mundos culturales, porque le interesa imaginar que una mezcla de sangres es la que corre por sus propias venas de cretense. En un capítulo donde habla de Toledo Kazantzakis vuelve a enfatizar esa idea de parentesco con la cultura árabe. Hablando del Greco señala:

“Toledo lo había seducido (al Greco). Era la ciudad que le convenía. Ya vacilante, conservaba los restos de su grandeza y de su esplendor(,,). Por sus venas corría la mejor sangre árabe. Los mismos árabes que habían conquistado España, se habían abatido también sobre Creta, “la isla en donde mana la miel y la leche” y, para resistir a la tentación del regreso, para adueñarse con más seguridad del país, habían quemado

⁷ Kazantzakis, N., *Del Monte Sinaí a la isla de Venus*, O. S., vol. II, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed., 1962, p. 1051.

sus naves tan pronto como hubieron desembarcado. Por esto el Greco descubrió en Toledo una nueva patria”⁸.

En un capítulo de *Carta al Greco*, Kazantzakis recuerda una visita que hiciera a Knossos. Mientras recorre el lugar, reflexiona:

*“¿Qué mundo es éste? –pensaba yo--. ¿Cuándo se abrirán sus labios y hablará? ¿Qué proyectos forjaron aquellos antepasados sobre este mismo suelo que pisamos? Creta ha sido el primer puente entre Europa, Asia y África. Creta ha sido la primera iluminada en toda la Europa tenebrosa de esta época. Aquí fue donde el alma de Grecia cumplió la misión que le había confiado el destino: reducir la divinidad a la escala del hombre. Las inmensas estatuas de los egipcios y de los asirios se volvieron aquí, en Creta, pequeñas, graciosas; el cuerpo se puso en movimiento, los labios sonrieron, el rostro y la estatura del dios se convirtieron en la cara y la talla del hombre. Una humanidad nueva se puso a vivir y a jugar en las tierras cretenses, original, diferente de la Grecia que le sucedió, hecha de agilidad, de gracia y de riqueza oriental,, ”*⁹.

En el artículo ya citado, Kazantzakis destaca el carácter de síntesis que él mismo le atribuye tanto a Creta como a la llamada mirada cretense.

*“Creta es para mí –no naturalmente para todos los cretenses--, la síntesis que siempre persigo, la síntesis de Grecia y Oriente. Dentro de mí no siento ni Occidente ni una Grecia clásica pura, “destilada”; ni tampoco, en absoluto, el caos anárquico y la abúlica paciencia del Oriente. Algo distinto, una síntesis”*¹⁰.

El Greco

Una de las figuras que unen a Kazantzakis con Creta es la convocante presencia que adquiere el Greco, hombre y artista. Como a una de sus otras

⁸ Kazantzakis, N., *Del Monte Sinaí a la isla de Venus*, O.S. vol. II, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed., 1962, p. 1122.

⁹ Kazantzakis, N., *Carta al Greco*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, p. 183.

¹⁰ Nea Hestía, nº 389, 1943, p. 1333

queridas figuras de culto le dedicará un poema apologético e ideológico dentro de sus Tercinas. Además, ese mismo poema se encuentra incluido en uno de los últimos libros, *Carta al Greco*, y tal poema precisamente es el que cierra este libro considerado una especie de autobiografía espiritual. En dos libros más aparece la figura del Greco que Kazantzakis retrata por medio de sus anotaciones de viajes: *Viajando España y Del Monte Sinaí a la isla de Venus*. En ambos libros de viajero hay capítulos que hablan de la Toledo del hermano cretense del pasado y de su enigmática personalidad.

Kazantzakis siente en el Greco una especial afinidad espiritual, una cercana y compartida manera de desafiar lo humano; lo admira como hombre y como artista; valora las inquietudes que el pintor traspasó a su obra en aquel tiempo; también admira la leyenda de ese hombre notable y extraño en medio de esa terrible Inquisición; asimismo, también lo siente como un compatriota cretense. Asimismo hay que destacar que al Greco lo venera *afectivamente* y, tan cercano lo siente, que se atreve a llamarle Abuelo. El rostro y la humanidad del Greco adquieren así el simbolismo de una conciencia superior ante la cual Kazantzakis deja llorar y cantar su corazón.

Como ya mencionamos, *Carta al Greco*, lleva nada menos que en su título la memoria de otro hombre, el Greco, una figura ante la cual Kazantzakis se permite relatarle su vida y, simbólicamente, que sea el propio abuelo cretense el viajero privilegiado de su autobiografía: viajero de las enseñanzas y de las agonías que hicieron de Kazantzakis un verdadero hombre. Señala en ese libro:

*“Clamo a la memoria que recuerde, recojo mi vida dispersada en el viento; de pie como un soldado ante el general, hago mi Informe al Greco; porque él está amasado con la misma tierra cretense que yo y porque puede comprenderme mejor que todos los luchadores que viven o han vivido”.*¹¹

Al decirlo el propio Kazantzakis así, entonces ya no hay duda de que ha sido un libro cuyo título expresaba fielmente lo que su autor quería destacar, una filiación de tierra y espíritu, un parentesco de conciencia altiva que es el legado de Creta a sus hijos. Siglos antes un cretense indómito salió de su isla para luchar por su ideario de creador y hombre, y ahora Kazantzakis le rinde un homenaje dedicándole el nombre de su libro.

¹¹ Kazantzakis, N, *Carta al Greco*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, p. 20.

Entre sus muchos viajes, sabemos de uno en que Kazantzakis viajó hasta Toledo y peregrinó por esa ciudad que había sido la segunda patria del Greco. En dos fragmentos epistolares apreciamos su estimación:

*“El Greco se vuelve para mí una gran lección, un modelo; él me indica el camino que debo seguir..”*¹²

En otra carta señala Kazantzakis

*“He llegado hasta el severo refugio del Greco. Mi corazón palpitaba fuertemente durante el trayecto de Madrid a Toledo. Desde mi juventud, ¡cuánto había deseado esta visita al terrible camarada! “Realizar a la edad madura lo que se deseó de niño, he ahí el destino de un hombre verdadero”*¹³.

Al comienzo de *Carta al Greco*, se encuentra una visión, un diálogo imaginario que nos permite comprender lo que fue el ordenamiento de su vida y lo que debería haber llegado a ser Kazantzakis en tanto como cretense.

“Levanté los ojos, te contemplé. Iba a decirte: “Abuelo, ¿es que no hay salvación?” Pero mi lengua se había anudado a mi garganta. Iba a acercarme a ti, pero mis rodillas se doblaron.

Entonces tendiste la mano, como si yo me ahogara y tú quisiste salvarme.

Me aferré ávidamente a tu mano; estaba embadurnada de pinturas multicolores, como si pintara todavía; además quemaba. Toqué tu mano, me infundió fuerza, impulso y pude hablar:

--Abuelo amado --dije--, dame una orden.

Tú sonreíste y pusiste la mano sobre mi cabeza. No era una mano, sino un fuego multicolor. Y este fuego llegó hasta las raíces de mi espíritu.

--Llega hasta dónde puedas, hijo mío,,

Tu voz era grave, sombría, como si saliera del profundo abismo de la tierra.

¹² Kazantzakis, N, *Le Dissident*, traducción s.m.t, Planeta, 1974, Barcelona. p. 148. La carta data desde Madrid el 10.09.1926.

¹³ Kazantzakis, N, op. cit, p. 149. Carta desde Toledo, 13.09.1926.

Llegó hasta las raíces de mi cerebro, pero mi corazón no se había estremecido.

--Abuelo –grité entonces con voz más recia--, dame una orden más difícil, más cretense.[,,]

--¡Llega hasta donde no puedas!’’¹⁴.

Mirada cretense

Mucho se especularía sobre esta mítica, poética y oracular expresión que fue patrimonio filosófico de Kazantzakis. Es una metáfora que el autor reitera en varias de sus obras. Es una proclama vitalista, sin dogmas de fe, una manera inmanente y afirmativa de encausar el vivir y que logra transmutar lo que desafía al hombre. Su vuelo va más allá de la racionalidad. Esta frase constituye una sorprendente biosíntesis espiritual de su autor, una visión que en el tiempo atraviesa y recorre todo el espíritu de su obra.

Prevalakis comenta que ella es el final a que llegó la agonía religiosa de Kazantzakis. Pero es mucho más que un punto de arribo de una búsqueda estrictamente soteriológica o dogmática. Es la consumación de la visión que él mismo ha fraguado con sus luchas espirituales y filosóficas, y tal lo expresa su autor:

“Todos los caminos del entendimiento: pánico y esperanza, los dos polos en que giraban en el aire mi juventud y mi edad madura. Pero ahora en la vejez, me yergo ante el abismo serenamente, sin temor; ya no huyo, ya no me humillo. No yo. El Odiseo que yo plasmo; lo forjo para que enfrente con serenidad el abismo; y al crearlo, lucho por asemejarme a él(,,)”

El mirar fijamente el abismo y no temer, ese lanzarse sobre el negro relámpago y soportar toda la violencia del caos o de la realidad sin quedar cegado, tal es el talante de la “mirada cretense”, una audacia que Kazantzakis con gusto llamaría de luciferiana-nietzscheana. Es la síntesis de una filosofía nómada, metamórfica, consciente de muchos puntos de partida y de llegada, un desafiante logro, una reciedumbre capaz de estar a la altura de cualquier situación. En el primer párrafo de la *Carta al Greco*, el propio autor nos relata de qué manera valora su vida:

¹⁴ Kazantzakis, N, *Carta al Greco*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, p. 27.

“El único valor que le reconozco es éste: su lucha por ascender palmo a palmo y por llegar tan alto como lo permitían su fuerza y su obstinación a la cima que por mi cuenta he denominado la Mirada Cretense”.

Mientras pasea por la antigua Knossos, cuenta Kazantzakis, tuvo una imborrable videncia del pasado:

“Contemplaba las tauromaquias –las corridas de toros– pintadas en los muros, la gracia y la flexibilidad de la mujer; la fuerza infalible del hombre, con qué mirada intrépida enfrentaban al toro embravecido y jugaban con él. No lo mataban por amor, como se hacía en las religiones orientales, para mezclarse con él, ni porque el terror se apoderaba de ellos y no toleraban su vista; jugaban con él con respeto, con terquedad, sin odio. Quizá hasta con reconocimiento: pues esta lucha sagrada con el toro aguzaba las fuerzas del cretense, cultivaba la flexibilidad y la gracia del cuerpo, la precisión ardiente y lúcida de sus gestos, la obediencia a la voluntad y la bravura, tan difícil de adquirir; que es menester para afrontar sin espantarse el poder espantoso de la fiera. Así fue como los cretenses superaron el terror y lo convirtieron en un juego sublime, donde la virtud del hombre, en contacto directo con la omnipotencia absurda, se hacía ver y triunfaba. Triunfaba sin aniquilar al toro porque no lo consideraba un enemigo sino un colaborador; sin él el cuerpo no sería tan ágil, tan poderoso, ni el alma tan valiente.

Seguramente es menester, para tener la fuerza de sostener la vista de la fiera y jugar tan peligroso juego, un gran entrenamiento físico y espiritual; pero una vez que se lo ha adquirido y que se ha entrado en el clima del juego, cada uno de vuestros gestos se vuelve simple, firme, suelto, y vuestros ojos contemplan impávidos el terror.

Así era, pensaba yo contemplando, pintada en los muros, la lucha secular del hombre y el Toro –que hoy llamamos Dios– así era la mirada cretense”¹⁵.

¹⁵ Kazantzakis, N., *Carta al Greco*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, p. 597.

La mirada cretense, expresa una actitud vitalista y valerosa, el ánimo necesario para enfrentar los peligros y grandes desafíos. Una temeraria fuerza de ánimo para afrontar las encrucijadas de la vida. Kazantzakis exalta la altivez del hombre, ese increíble temple para no doblegarse ante nada. Es muy sorprendente la forma en la que nos habla este escritor de una nueva diosa, la diosa de la Responsabilidad. El nuevo llamamiento espiritual y ético para el hombre es el de responsabilizarse ante el combate que conlleva la vida, no hay excusas de renunciar a esta demanda vital. Kazantzakis extrae de los recuerdos de su juventud en Creta estas altas enseñanzas que abren paso a lo mejor del ser humano.

*“En Creta, un alma que no consiente en burlarse de sí misma o de los demás, enfrenta cara a cara, más que en ninguna otra parte, a la diosa de un solo pecho que no admite complacencias y que no se sienta en las rodillas de nadie, sea dios, sea hombre: la Responsabilidad”*¹⁶

Veamos en dos imágenes esa sustancia de espíritu desafiante e incorruptible de la que Kazantzakis toma partido:

“Pompeya ardía. La lava caía y la cubría. Hombres y mujeres, estrechando contra sí sus objetos de oro y sus hijos, corrían espantados en una fuga torrencial.

Sólo un centinela, de pie en el lugar que le había sido asignado en la puerta de entrada a la ciudad, no se movió. Tranquilamente, el hombre elevaba su vestidura para que no lo ahogara el humo. Y es así como 18 siglos más tarde, se lo encontró, de pie, con su casco, su lanza y su boca cerrada”.

De la tragedia *Constantino Paleólogo*, veamos como dialogan el soberano rey y su valiente soldado para ejemplificar tal prestancia de ánimo de esa mirada cretense:

Jarkutsis: “Toda la Grande Mar he recorrido hasta Creta misma; desierto está el mar y no se divisa franco alguno, Majestad”

Constantino: “¿Y sonríes?”

Jarkutsis: “Perdóname, Majestad. Un espíritu lanza voces alegres dentro de mí, como si hubiera sido salvado.

Constantino: “¿Qué espíritu es ese de que hablas?”

¹⁶ Kazantzakis, N., *Anaforá ston Greko*, Ed. Kazantzakis, Atenas, 14ª reimpr. p. 437.

Jarkutsis: “Creo que lo llaman libertad.

Sí. Allá en el mar, me avergonzaba de buscar a los francos para mendigar su ayuda. Pero me decidí y navegué hasta acá: los navíos francos no llegan ni llegarán jamás”

Constantino: “¿De dónde sacas tantas fuerzas, Jarkutsis? Sólo a un gran soberano corresponde tu entereza.

Jarkutsis: “No soy un rey. Pero en mi pecho siento un águila real, bicéfala, que sostiene muy alto al mundo entre sus diez garras. Será quizá mi alma. Cuando ella vio despejada la mar, dio alegres voces, y me ordenó pusiera proa hacia Creta [...]. Llego y voy por las aldeas que cuelgan de los montes, golpeando de prisa la puerta de los hombres valerosos: “Hermanos – clamo--, la Polis va a caer. No le queda esperanza alguna. Que al menos agonice sin avergonzarse, heroicamente.

“Hermanos, ¿qué decís? ¿Vamos a morir por ella?”

“Vamos” –rugieron todos a una vez,,,[...]

Constantino: “[...]Capitán Jarkutsis, confíesame, ¿ves alguna posibilidad de salvación para la Ciudad?”

Jarkutsis: “Ninguna”

Constantino: “¿Y entonces?”

Jarkutsis: “Pero por eso mismo vine de prisa y traje conmigo otros cuarenta cretenses”

¿Por qué se han llenado de lágrimas tus ojos, Majestad?”

Constantino: “¡De alegría! Alma indomable, hermano mío, ¿conoces, entonces, el terrible secreto?”

Jarkutsis: “¿Qué secreto?”

Constantino: “Luchar sin esperanza y sentir crecer profundamente tu fuerza en la desesperanza extrema”.

Jarkutsis: “Perdóname, señor. No es secreto alguno. Lo saben todos los cretenses que vienen en mi barco”.

Constantino: “¡Inmortal es la Ciudad, pues almas inmortales la sostienen sobre la muerte! Corre a traer a tus cuarenta Akritas. En medio del derrumbe combatiremos contra el Hado invencible”¹⁷

¹⁷ Kazantzakis, N., *Constantino Paleólogo*, O. S., vol. III, Editorial Planeta, Barcelona, 1ª ed. 1968, pp. 1084-1088.

Se cuenta que unos libros de Kazantzakis fueron a parar a las manos de unos hombres en prisión, privados de libertad por luchas sociales y políticas. Uno de ellos escribía posteriormente una nota de agradecimiento. Decía tal nota: “no sé cómo agradecerle. He leído sus libros enviados, y luego los pasé a mis compañeros. Si hemos podido resistir esta vida atroz, es gracias a los libros de Kazantzakis”.

Sospechamos que algo de esa fuerza superior recogida por Kazantzakis en sus libros, es la que les permitió a tales prisiones iniciar su propia Odisea en las peores condiciones humanas. Creta le dio esa fuerza, y allí permanece.

Con las imágenes mencionadas hemos podido ver con los ojos de Kazantzakis un poco más la simiente cretense. Luego de haber considerado algunas aristas cretológicas, es decir, Creta como encrucijada de culturas, Creta como bastión de libertad, Creta y la figura del Greco, y por último, Creta y la mirada cretense, podemos haber ganado un acercamiento, una experiencia que conforma el paisaje vital y personal de Kazantzakis con lo cretense.

Bibliografía

- Bidal Baudier (1987). *Nikos Kazantzakis Cómo el hombre se hace inmortal*. Buenos Aires: Carlos Lohlé.
- Castillo Didier, M. (2006-2007). *La Odisea en La Odisea Ensayos y estudios sobre la Odisea de Kazantzakis*. Santiago: Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos. Universidad de Chile.
- Ikonomidou-Kirstitch (1988). “I filosofikí epídrasi stin pefmatikí peripecia tu Nikou Kazantzakis”, *Diavazo* 190. Atenas: Diavazo.
- Kazantzaki, N. (1967). *Le dissident N. Kazantzaki vu à travers ses lettres, ses carnets, ses textes inédits*. París: Plon.
- Kazantzakis, N. (1943). “Ena sjolio stin Odisea”, *Nea Hestia* 389. Atenas: Ek. Hestia.
- Kazantzakis, N. (1957). *Libertad o muerte*. Traducción M. Castillo Didier. Barcelona: Planeta.
- Kazantzakis, N. (1968) *Constantino Paleólogo*, Traducción M. Castillo Didier. Barcelona: Planeta.
- Kazantzakis, N. (1968), *Carta al Greco*. Traducción D.L. Garasa. Barcelona: Planeta.
- Quiroz Pizarro, R. (2003). *Nikos Kazantzakis: dimensiones de un poeta pensador*. Santiago: Centro de Estudios Griegos-Sociedad de Amigos de N. Kazantzakis

